

Religión

LA CELESTIAL

BARCELONA

DEL CONGRESO

EUCARISTICO

¿Desde dónde escribo?

Desde el aire, mis recordados lectores de -SIC-, desde este elevado asiento del cuatrimotor que volando a 2.700 metros de altura me está retornando a las costas de la Patria. Desde esta altura creo hallarme en las mejores circunstancias para irles contando por escrito mis impresiones acerca del XXXV Congreso Eucarístico Internacional celebrado del 27 de mayo al 1º de junio en Barcelona, España.

Desde aquí, a mucha altura sobre la tierra, y sintiéndose uno como cercano al cielo. Desde aquí, porque venir de la Barcelona de los días del Congreso Eucarístico es como venir de algo como antesala del cielo. Y para escribirles un poquito siquiera, y con menos impropiedad, acerca de aquel pequeño cielo que allí vimos y saboreamos con todo el íntimo gozo del espíritu, tal vez sólo pueda hacerse desde la altura inmensa e impoluta del aire, adonde no llegan ni las pequeñeces de la tierra ni sus intereses materiales.

Por todos los caminos. . .

Pasarán muchas generaciones antes de que Barcelona vuelva a estremecerse con las vibraciones de algo siquiera parecido a aquel inmenso corazón humano, que formado por centenares de miles de congresistas, compactados en un solo anhelo espiritual, confluimos a la gran capital, llegados de casi todos los horizontes de la cristiandad.

Todos los caminos llevaban a Barcelona. Esto no era una frase; era un hecho realísimo. Y todos los medios de locomoción, desde el más moderno y cómodo,

hasta el más primitivo, fueron empleados a porfía, con tal de que ayudaran a llegar cuanto antes a la urbe del emblema de las cuatro barras inmortales que sobre el metal amarillo de su legendario escudo guerrero trazó un día, con sus dedos empapados en sangre el héroe catalán de la leyenda.

Todos los caminos llevaban a Barcelona. Por tierra, por agua y por aire, no hubo ruta ni carril que no sintiese el rumor entusiasmado de las millaradas de congresistas en marcha hacia allá, hacia la ciudad envidiada, donde en gesto de galantería divina daba su recepción de gala a todo este mundo inquieto y atormentado, le Rey de la Paz y del Amor: Jesucristo!

Todos los medios humanos los vimos utilizados para lograr la movilización casi simultánea de aquellas muchedumbres hambrientas y sedientas de adorar y recibir el manjar divino de la Eucaristía.

Los que en la última etapa de nuestro viaje arribamos a la ciudad condal por vía terrestre, nos creemos ahora más afortunados, porque pudimos comprobar con nuestros sentidos cómo corrían y se iban engrosando los arroyos humanos, a medida que nos aproximábamos a la capital catalana. Ya en los pueblos aledaños, cuando sólo unos pocos kilómetros nos quedaban de viaje, oíamos sobre nuestras cabezas las alas trepidantes de los aviones de pasajeros, y a distancia se escuchaban los graves sirenazos de los barcos trasatlánticos que iban entrando a la rada que un día inmortalizó Colón a su regreso del primer viaje descubridor de un nuevo mundo para Cristo y para España; y sentíamos cómo rasgaban el aire con sus finos silbatos las locomotoras de trenes y más trenes que impacientes parecían encontrar estrecho el carril que los guiaba a la estación de término; y la cinta gris de las carreteras era en todas direcciones un hormiguo ininterrumpido de cuanto carruaje de dos o cuatro ruedas pudiera deslizarse a impulsos tanto de 60 u 80 caballos de motor como de dos o de un caballo de sangre. Allí vieras, querido lector, aquel pintoresco emparejarse en una misma vía el moderno autocar reluciente y raudo, con el rústico camión de trabajo cargado de animosos pasajeros; el Buick 52 junto al Ford treintañero, y la motocicleta recargada y cimbreante bajo el peso de dos o tres viajeros agarrados como lapas a su estrecho asiento, junto a la campesina tartana que también rodaba tirada por un jamelguillo que hacía esfuerzos por lucir el mejor

repertorio de su trotecito acompasado y sandunguero. Y por la orillita de esos caminos pasaban también acá y allá excursionistas a pie, quienes con su moral a la espalda y su paso en ritmo constante, fija la vista en el suelo, parecían decirnos: "También yo voy a Barcelona". Todos íbamos a Barcelona. Todos estábamos ya llegando. Las diferencias de medios de locomoción eran ahora accidentes sin importancia. Porque a todos nos igualaba, nos unía y nos alegraba un mismo motivo, un mismo anhelo ya casi alcanzado: asistir al Congreso Eucarístico.

Llegada del Legado Pontificio.

Esa primera tarde del Congreso, el día 27 de mayo, en la que oficialmente se inauguraban sus actos, ya pudo considerarse como nota reveladora de la generosa y universal actitud que toda la población, propia y extraña, iba a adoptar durante todos los días subsiguientes. Puede decirse que toda la desbordante muchedumbre que ya en aquel día se hallaba en Barcelona, se echó a la calle desde tempranas horas de la tarde y empezó a arracimarse en avenidas, y calles, plazas y balcones del trayecto que iba a recorrer el Emmo. Cardenal Federico Tedeschini, Legado Pontificio, desde su llegada a la Puerta y Plaza de la Paz, hasta su residencia oficial en el Palacio Nacional de Montjuich. Sin duda que nunca antes se vió en Barcelona una movilización tan grande, tan espontánea y tan animosa como la de aquel mar humano que en apretadas olas salió a rendir saludo de palmas y vítores al representante del Santo Padre. A pesar de los cordones policiales y de tropas tendidos en el trayecto para conservar el orden, era casi imposible impedir las demostraciones de popular atropello y entusiasmo en torno al automóvil abierto en el que el Cardenal Legado hacía su entrada triunfal. Acababan de resonar las salvas de ordenanza, y al instante la muchedumbre como electrizada empezó a agitarse saturada de emoción y de alegría. El Cardenal, puesto en pie, dejaba ver desde el automóvil que lo conducía, su figura esbelta y dignísima. Sus manos se abrían a derecha e izquierda repartiendo bendiciones y contestando saludos y vítores. El público no cejaba en su entusiasmo delirante. Y es que en aquella figura en la que el sol todavía brillante de la tarde marina ponía sus destellos de amarillo juguetero sobre la encendida púrpura cardenalicia, —como en un gesto impensado de plasmar los colores de la bandera patria, y los de la propia ciudad

condal que eran los colores simbólicos del Congreso—, en aquella figura así resplandeciente ahora de gualda y rojo toda la gente veía no sólo al querido y siempre recordado antiguo Nuncio Apostólico, sino sobre todo al personero de quien en España es siempre motivo de inusitada devoción y fidelidad: el Papa. Por eso las aclamaciones eran: "Viva el Papa", "España por el Papa".

En medio de un despliegue tal de universal contento, se trazó aquella inmensa V del recorrido hasta la Plaza de Cataluña y de allí al Palacio Nacional. En el trayecto vino la parada solemne en la Santa Catedral Basílica, donde una vez cantado el himno "Veni Creator", se hizo un silencio imponente, y se dió lectura a través de los micrófonos, a la Bula Pontificia que como credenciales había otorgado el Papa a su Legado. Tras de unas palabras que el Emmo. Legado pronunció para agradecer las que se le habían dirigido de bienvenida, se dió la Bendición solemne del Santísimo Sacramento, que quedó luego expuesto día y noche durante todos los días del Congreso para recibir a toda hora el saludo y la adoración de millares de fieles que tendrían allí un centro permanente de piedad eucarística, bajo las invitadoras ojivas góticas de aquella Catedral sextisecular.

Mientras terminado el acto, empezaba a dispersarse aquella inmensa muchedumbre, se oyeron resonar, por primera vez en forma oficial, las notas del himno propio de este Congreso, con música del Mtro. Luis de Aramburu y letra de Don José M^a Pemán.

Oscurecía ya cuando aquella compacta y abigarrada muchedumbre se dispersaba rebosante de entusiasmo, y prometiéndose días de verdadero fervor cristiano, y de continuas manifestaciones públicas de fe.

El Congreso quedaba solemnemente inaugurado. Estábamos en marcha. Y en las manos de todos los congresistas empezaba a verse ahora en continuo manejo el utilísimo "Libro del Congresista", en el que con tanto acierto se había puesto no sólo el programa pormenorizado de todos los actos del Congreso, sino todas aquellas otras indicaciones de orden práctico que contribuirían tanto a la comodidad de los congresistas, como también a hacerles aprovecharse mejor de los bienes espirituales de esos días de intensa piedad.

Aquel programa fué cumpliéndose con rigurosa exactitud. Muy de intento, sin duda, se habían incluido numerosos ac-

tos, escalonados a lo largo de las horas hábiles del día y de la noche. De esta manera se daba lugar a que tan numeroso público pudiese participar en unos y otros actos, dividiéndose así según sus gustos y evitándose al mismo tiempo en algunos sitios aglomeraciones que hubiera sido muy difícil acomodar debidamente.

El "Campo" del Congreso.

Desde luego, los actos principales del Congreso se desarrollaron en lugares donde sí fué siempre posible colocar decenas y aun centenares de miles de personas.

En la Plaza oficial del Congreso, la Plaza Pío XII, con sus extensos terrenos adyacentes, y con la amplísima y principal avenida barcelonesa, la Avenida Grlmo. Franco, que le sirve de entrada, se formaba lo que pudiéramos llamar el campo del Congreso. Allí, gracias a la excelente organización, podían acomodarse sentados en sillas y bancos decenas de miles de personas; y aun quedaba espacio para otros muchos miles que preferían apretujarse buscando mayor cercanía con la plaza misma y con el templete del altar, aun cuando para ello tuvieran que quedarse de pies.

Esta Plaza Pío XII construída en la intersección de la Avenida de la Victoria con la ya citada Avenida Grlmo. Franco, tiene una extensión de 180 metros de largo por 115 de ancho. En su centro se levantaba una plataforma pentagonal, de 19 metros en cada lado, y a tres metros de altura. La construcción de todo este templete se comenzó el 12 de abril, sábado de Gloria. Se utilizaron más de trescientas toneladas de madera, además de otros materiales complementarios. El Ayuntamiento de Barcelona, que ofreció este templete, encargó del proyecto y ejecución a tres conocidos arquitectos, quienes en vez de un proyecto monumental y de líneas suntuosas, idearon más bien algo que en su misma ligereza, esbeltez y aun blancura diese impresión de espiritualidad y de elevación eucarística. A manera de gran baldaquino, se alzaba una gran cruz de 35 metros de altura, y sus brazos de 6 metros. Bajo esa cruz, y como saliendo de ella, para hacer el techo de aquel gran baldaquino, se proyectaba horizontalmente una gran hostia de 25 metros de diámetro, apenas sustentada por dos finos pies metálicos que casi no rompían la impresión de esbeltez que se buscaba. Todo el conjunto de Cruz y Hostia tenía un juego magnífico de luces de gas neón, y tres potentes reflectores que lo hacía resaltar espléndida-

mente por las noches, casi desde cualquier zona de la ciudad.

Los actos principales.

Cuatro pueden señalarse como los actos grandes, principales, de todo el Congreso. El primero fué:

La Hora Santa y Misa de media noche, del jueves 29, para sólo hombres, con la Comunión general de éstos.

Aun cuando durante el día en las iglesias había habido numerosas confesiones, sin embargo, a la noche fuimos movilizados los tres mil o más sacerdotes que estábamos en la ciudad, para ir al campo del Congreso a confesar a muchos hombres que ya desde tempranas horas de la noche estaban abarrotando plaza y avenidas.

La organización de este acto, como de todos los demás, fué admirable. Un por menor interesante puede comprobar este aserto. Habiendo congresistas de todas partes del mundo, y de tan varias lenguas, se tuvieron dispuestos postes de alumbrado con faroles de diversos colores. Y a través de los altoparlantes se avisaba al público que al pie de esos faroles se encontraban confesando sacerdotes de diversa nacionalidad, según el color: bajo las luces verdes, confesaban en inglés; bajo las azules, en francés, etc.

La Hora Santa predicada en medio de un silencio imponente por el Padre Lombardi, preparó los ánimos para la Comunión general. A mitad de la Santa Misa, empezó a oírse a lo lejos el golpear lento y alertador de una campanilla. Y de una iglesia distante unas tres cuabras, se vió que empezaba a salir una larguísima fila de antorchas, que en medio de la oscuridad de la media noche parecía un cordón anudado de fuego que en graciosas contorsiones iba estirándose y aproximándose hacia la Plaza Pío XII. Allí venía Jesucristo, manso y sencillo, entrándo triunfador como en otra nueva Jerusalén, y aclamado no con estruendosos vitores pasajeros, sino con los más sinceros y emocionados afectos de las almas que allí lo esperaban para recibirlo. Venían trescientos sacerdotes, acompañado cada uno de un caballero con antorcha y otro con la bandeja de la Comunión. El tintineo de la campanilla, que rasgaba dulcemente aquel silencio blanquísimo, se fué haciendo cada vez más próximo, y con el se aceleró el momento esperadísimo de la Sagrada Comunión. Pronto los sacerdotes se distribuyeron por entre los sectores demarcados, donde cada uno debía dar la Comunión. Gracias al perfecto orden de esta distribución, en tiempo relativamen-

te breve habían comulgado, a campo raso, bajo la luz de las estrellas, en aquella noche inolvidable, alrededor de unos doscientos mil hombres. Nuestro cálculo, sólo aproximado, se basa sin embargo, en el número de hostias consagradas. Los trescientos copones eran todos iguales, con capacidad cada uno para 900 formas. Descontando al final de la distribución un remanente de hostias que elevamos a casi un cuarto del total, nos quedaría aún ese cómputo que no creemos exagerado, de unas doscientas mil comuniones repartidas a solo hombres.

Cuando entre dos y media y tres de la madrugada nos alejábamos del campo del Congreso, cruzando por entre avalanchas de hombres que en todas direcciones regresaban felices a sus hogares, convertidos en sagrarios vivientes, nos pareció que aunque el Congreso no obtuviera más fruto que el de aquella espontánea y fervorosa Comunión de miles de hombres recios y curtidos en toda clase de pruebas, bien podría decirse que Jesucristo había obtenido un gloriosísimo triunfo.

Pero este era uno sólo de los tantos triunfos parciales que el Santísimo Sacramento iba a ir conquistando en aquellos días. Para que siempre miles y millones de hombres, y todo el pueblo cristiano pueda comulgar; para que la presencia real de Jesucristo en los altares se perpetúe sobre la tierra a través del tiempo y del espacio, para que la vida cristiana se conserve en toda su pujanza alimentada y nutrida por el Pan Eucarístico, es indispensable que haya y que abunden los ministros del altar, los delegados con poder supremo para consagrar y distribuir al Sacratísimo Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

Y porque cuantos estábamos en Barcelona en los días del Congreso vivimos estas ideas y palpítamos al ritmo de estas sublimes creencias, por eso para todos, no importa los millares—, para todos significaba algo como sustancial con nuestra vida superior el hecho de la ordenación de nuevos ministros del sacerdocio.

Un Estadio convertido en Catedral.

Eso era ni más ni menos el inmenso Estadio de Montjuich la mañana del 31 de mayo, víspera de Pentecostés. Ya desde la media noche habían podido verse largas filas de congresistas que subiendo el parque de Montjuich tomaban posiciones en el inmenso graderío del Estadio. De manera que mucho antes de empezar la ceremonia de ordenación, tribunas y gradas, con capacidad para

un total de ochenta mil personas, resultaban incapaces para contener el gentío que sin cesar fué llegando durante toda la mañana. Como durante las tres largas horas de esta ceremonia hubo siempre un núcleo de personas que asistía un rato, y luego salía y dejaba su lugar a otras muchas que seguían llegando, podemos sin exageración alguna calcular en más de cien mil el número de las que asistieron.

Y es que no podía menos de atraer el interés y la piedad de los fieles, —y en días como aquellos!— un acto que por primera vez en la historia de veinte siglos de cristianismo iba a verificarse en proporciones tan consoladoras. Nada menos que ochocientos veinticuatro seminaristas, diáconos, iban a recibir simultáneamente en ceremonia de conjunto, la ordenación sacerdotal. Nunca en ningún tiempo, ni en ninguna parte, del mundo había ocurrido tal cosa. Y ninguna Catedral del mundo hubiera tenido capacidad para contener una muchedumbre barcelonesa.

bre como la que en esta mañana repletó sobre toda medida el amplísimo Estadio

Pero aquel gentío se compenetraba enseguida con el espíritu del acto que iba a presenciar. Comprendían que no estaban en un Estadio despejado y bullanguero. Se sentían, nos sentíamos todos más bien como en una inmensa Catedral. Allí bajo la cúpula radiante de un cielo primaveral, como bajo la presencia directa de la Augustísima Trinidad, tendidas sin duda muchas escalas de ángeles que subían y bajaban del trono de Dios a la grama del Estadio, convertida en un inmenso y múltiple altar, empezaba a verificarse ante nuestras miradas inmóviles la ordenación sacerdotal más numerosa que ha conocido la Iglesia de Jesucristo.

Sobre la verde grama que servía de alfombra, y siguiendo una formación ovalada, se habían colocado veintiún altares, con veintiún Obispos oficiantes. Ante cada altar se situaron los ordenados, por grupos de treinta a cuarenta. Allí había jóvenes de todo el mundo; de todas las provincias de España, de América, de Africa, de Asia, de Australia, de Filipinas. . . La Iglesia Católica, universal, representada a lo vivo en la unidad de su sacerdocio, de su sacramento, de su potestad de orden. Tres horas duró la emocionante cuanto indescripible ceremonia. ¡Qué ramillete de sazonadas espigas de sacerdotes ofrendaba el Congreso Eucarístico a Cristo Rey!

Hasta al final de la ordenación la

enorme multitud que repletaba el Estadio había guardado la misma devota postura que si hubiese estado en el recinto de un templo. Familiares y amigos de los jóvenes sacerdotes allí ordenados, habían contenido sus emociones. Pero apenas concluido el acto, vino a desbordarse la indecible satisfacción de millares de corazones. Entre abrazos y lágrimas de alegría, los felices neosacerdotes recibían en sus manos recién consagradas el primer beso, el beso cálido y tembloroso con que los labios de sus padres y madres venían como a poner el sello en la obra concluida, fruto de su amor de sus afanes y de su fe, y que hoy entregaban satisfechos en las manos de Dios y de su Santa Iglesia.

Solemnísima Pontifical y Procesión de clausura.

Fueron estos los otros dos grandes actos generales del Congreso. Con ellos se llenó prácticamente todo el día 1º de junio, que era Domingo de Pentecostés.

Por la mañana, mucho antes de las 9, hora de empezar la Solemnísima Misa Pontifical, ya el campo del Congreso ofrecía un espectáculo indescriptible. Nada exageramos al indicar que aquella compacta y extensa muchedumbre no bajaría de cuatrocientas a quinientas mil personas. Y estos eran cálculos que ya de víspera había anunciado el propio Jefe de Policía de Barcelona, en vista de los problemas de tráfico que podrían presentarse.

Las miradas y los corazones de todos los allí presentes estaban fijos sobre la plataforma del altar. A la hora de empezar la ceremonia, llegó a las gradas del altar su Excia. el Jefe del Estado, Grlmo. Franco, en sobrio uniforme de Capitán General, acompañado de su digna esposa que iba ataviada de amplia mantilla negra, a la usanza española. Ocuparon ambos sitial de honor, y una fila detrás todo el gabinete de Ministros.

Muy luego hizo su entrada el Emmo. Cardenal Legado, que era el celebrante de la Misa y predicaría en ella la Homilía de rigor.

Los diversos planos del monumental templete del altar ofrecían el más suntuoso aspecto, sólo superado en alguna manera en el acto de clausura de la tarde.

Aquello más que un Congreso Eucarístico parecía un Concilio Plenario. Allí, a continuación del trono del Legado Pontificio, acababan de ocupar su sitial de honor los once Emmos. Cardenales asistentes al Congreso. Pero más que en el

esplendor de aquellas brillantes púrpuras las miradas se posaban escrutadoras sobre un asiento vacío, cubierto de hermoso ramo de flores, y con un letrero bien claro: era el asiento reservado al **gran ausente**, al Cardenal de la Iglesia de ese gran silencio trágico que reina tras la cortina de hierro, (como dramáticamente lo ha recordado el mismo Santo Padre); de la fría tarjeta de aquel letrero, parecían saltar las palabras, y a través de los micrófonos vibrar con sonidos de heroísmo el nombre glorioso del Cardenal Mindzenty! Allí estaba, ausente, pero recordado y vitoreado, y poniendo con su nombre una nota de esfuerzo y de fidelidad ante Cristo y ante la Iglesia, en medio de una muchedumbre que supo también de heroísmos de toda clase en defensa de su fe, frente a los secuaces de quienes hoy en media Europa fijan con bayonetas húmedas de sangre las puntas de esa cortina de hierro, infamia de una civilización carcomida de materialismo.

Llegado el momento del Ofertorio de la misa, el Jefe del Estado Español, en gesto de dignidad y de sencillez al mismo tiempo, se acercó a la tarima del altar, y mirando tanto a éste como hacia la inmensa muchedumbre que iba a escuchar sus palabras a través de los altavoces, leyó con voz grave y sin alarde de entonación efectista, un solemne acto de "Consagración de España a Jesús Sacramentado":

Aquella solemnísima Pontifical terminaba a pleno mediodía. Resonó imponente el Himno Oficial del Congreso, y con sus notas empezó a cuartearse y disgregarse aquella compacta muchedumbre que sin duda sobrepasaba la cifra del medio millón.

Sin embargo, no toda la gente iba a despejar el campo. Venidas muchas personas de zonas algo distantes, habían calculado que no les alcanzaría el tiempo para regresar al mediodía a sus casas, y luego tornar otra vez al campo del Congreso para la Procesión de clausura. Y por esto habían venido provistas de lo necesario para despachar bajo los árboles de las avenidas y plazas cercanas sus ligeros almuerzos de campaña. Pronto se formaron pintorescos y alegres grupos que en animada charra consumían sus provisiones, mientras una nube de vendedores ambulantes de refrescos y chucherías, les facilitaban completar el menú.

Las horas primeras de la tarde brindaron el espectáculo más completo de lo que podríamos llamar el vaciarse de una

ciudad en sus calles y avenidas. Por donde quiera que la recorriamos, lo que vimos por todas partes era ríos de gente que iba a buscar cómodo en el trayecto por donde defilaría la procesión. Todas las casas se cerraban, y sus moradores se echaban en grupo a la calle. Y en cambio los balcones de los edificios del trayecto de la procesión se veían arracimados de gente.

A media tarde, pasadas las horas de sol fuerte, empezó a moverse aquella grandiosa procesión, desde la Plaza de la Victoria enrumbando la Avenida Grmo. Franco, para ir a desembocar en la propia Plaza Pío XII. Fué un imponente desfile de dos horas. El sector del clero revestido de sobrepelliz, era vistosísimo por lo numeroso. Las autoridades civiles y militares ocupaban puesto de honor; y lo mismo los caballeros de las viejas órdenes del Santo Sepulcro, de Santiago, Calatrava y Montesa, revestidos de sus vistosos uniformes iban completando la solemnidad del conjunto. Llegaba luego todo el Gab. de Ministros de gran gala, cerrando filas detrás del Jefe del Estado, y portando todos gruesos achones. Y por último, Obispos y Cadenales ponían cierre al cortejo triunfal. Un momento más, y de pronto ya en plena oscuridad de la noche, tras de dos horas de procesión, en todo el perímetro de la amplia Plaza Pío XII, empiezan a encenderse baterías de potentísimos reflectores, que se enfocan hacia allá, hacia El, hacia Jesucristo-Hostia, esperado y adorado, que viene sobre su trono de oro y de filigrana, sobre lo mejor que tiene España, (y el mundo entero), sobre la joya casi legendaria de arte y de riqueza que se llama la Custodia de la Catedral de Toledo! Nunca se nos olvidará a cuantos lo presenciamos aquel momento indescriptible. Aquella filigrana como de oro hecho caramelo, que se va estilizando en un gótico que se diría forjado por manos de ángeles, y se eleva, se eleva hasta dos metros y medio de altura, y descansa sobre suntuosa plataforma de más de un metro, formando todo el conjunto la custodia y trono Rey de la Eucaristía; aquella maravilla única del arte cristiano acababa de aparecer ante nuestros ojos, y parecía que el oro y las piedras preciosas y la filigrana cobraban vida; y a la luz de los vivos reflectores y de los cambiantes que en la marcha se iban produciendo, creíamos estar en presencia de la zarza ardiendo sobre la que Moisés había sentido la gloria de Dios sobre la tierra. Allí estaba Dios hecho Hostia, y desde aquel trono que era

símbolo y síntesis de la fe y devoción eucarísticas de España, venía ahora a darnos su bendición postrera de este Congreso. Y así la recibimos: en apretado conjunto con aquella muchedumbre que tal vez no bajaba del millón y medio de católicos venidos de todas partes del mundo.

Y como corona de aquellos momentos sublimes de arte y de fe, rasga el silencio de la noche la voz nítida y pausada del Vicario de Jesucristo, que desde Roma envía radiado su mensaje de Pastor Supremo y de Padre que felicita, que unido en espíritu comparte aquel fervor y que con su bendición viene a poner el sello oficial a aquellos actos que han sido una clarinada de fe y de espiritualidad, en momentos en que el mundo se retuerce sediento de fe y hambriento de la paz del espíritu.

Otros actos.- Ya hemos indicado que el programa del Congreso ofrecía numerosos actos, todos de sumo interés. Pero nos es imposible hablar detenidamente de todos ellos. Queremos sin embargo, añadir alguna palabra sobre otros de los más simbólicos y emotivos.

Y en primer lugar no debe pasarse por alto lo que constituyó el primer día del Congreso, que estaba dedicado a la Eucaristía y la Paz familiar. Este día se inició con la preciosa Primera Comunión de más de diez mil niños, que tuvo lugar en la extensa explanada frente al templo en construcción de la Sagrada Familia. Ningún sitio más apropiado: allí junto a aquella iglesia que es como un desgarrón de la piedra que se siente incapaz de expresar todo lo que en su alma cristianísima ideaba el genio del arquitecto Gaudí; frente a aquel haz de estilizadas puntas de torres que parecen los dedos inmensos de una mano en continua elevación de plegaria hacia el cielo, como interpretando la oración del alma cristiana de las familias barceloncas, allí se agruparon en blanca oblación de almas puras e inocentes aquellos miles de niños. Eran ellos los priverligiados en dar la primera demostración de bienvenida a Jesucristo en el primer día del Congreso.

Y rodeando a aquel lindo rebaño de recentales del redil barcelonés, se apiñaba una emocionante multitud que sin duda pasaba de las veinte mil personas.

Y como complemento de este día, aun nos esperaba, a las siete de la tarde, el primer acto oficial en la Plaza Pío XII, con el homenaje de la familia católica a la Santísima Eucaristía. Para muchos de los congresistas, este acto nos quedó

grabado como el de más intensa emoción. Expuesto el Santísimo Sacramento en aquel altar que bien podía llamarse durante estos días el altar del mundo católico, empiezan a desfilar los representantes de las familias íntegramente cristianas. Primero es un niño que en representación de los niños de España y del mundo, con timbrada vocesita que parecía un angelus matinal, reza una consagración a Jesucristo allí presente.

Viene luego la plegaria de las familias numerosas. Y en representación de estas vemos aparecer frente al altar la apuesta figura de un alto Jefe de Marina; su uniforme de gala, del que penden numerosas condecoraciones, hace más digna su presencia; y junto a él parece luego su esposa, y luego uno, dos, tres, cuatro, seis, diez, once, doce hijos. Es el Contraalmirante don Pascual Cervera Cervera, de apellido y ascendencia de héroes—, Comandante de Marina y Jefe del Sector Naval de Cataluña. Rodeado junto al micrófono por aquel promisor racimo de hijos, le oímos recitar su emocionada plegaria.

Seguidamente venía la plegaria en nombre de las familias que mayor número de hijos han ofrecido al servicio de Dios y de la Iglesia. Y apareció Don Fidel Legido padre de ocho hijos todos ellos religiosos: dos carmelitas, tres jesuitas y tres monjas de la Orden de Ntra. Señora.

Por fin tocaba la plegaria en nombre de las familias que habían sufrido percusión sangrienta en defensa de su religión. El silencio era de gargantas temblorosas que reprimen toda la emoción del recuerdo de una España mártir. Y aparece, serena y envuelta en envidiable aureola de dignidad cristiana, la figura de una viuda: Doña María Gavín, viuda de Tort, madre de trece hijos, huérfanos algunos desde muy corta edad, y cuatro de ellos ya consagrados a Dios. Esa madre y esos hijos vieron una mañana fatídica como los esbirros del marxismo sacaban al jefe del hogar, para asesinarlo, por el sólo delito de haber albergado en su casa al perseguido y también luego asesinado Mons. Irurita, queridísimo Obispo de Barcelona.

Durante los diversos días, fueron sucediéndose los homenajes de otras muchas corporaciones: los obreros, técnicos y patronos, en nutridísima representación dijeron con su presencia que estaban al lado de Jesucristo, dignificador del trabajo: los cuerpos de diversas armas del Ejército rindieron sus banderas ante el altar; los deportistas de toda clase de

juegos, hicieron así mismo acto de presencia en una de las más pintorescas y aun devotas celebraciones.

Forzosamente hemos de suprimir aun las referencias a otras muchas de las espléndidas manifestaciones de piedad, de arte y de cultura religiosa que completaban el cuadro de homenajes en torno al Sacramento de la Eucaristía.

Notas diversas.

Queremos dejar constancia de diversas notas que contribuyen a dar una idea aunque imperfecta de lo que fué este inolvidable Congreso.

Ante todo hemos de mencionar la perfecta organización con que todo se preparó y desarrolló. La eficaz y acertada organización de tan numerosos y aun complicados actos, para millares de congresistas llegados de todo el mundo, fué razón fundamental para que todos disfrutáramos plenamente de los bienes del Congreso, libres de toda preocupación.

Por de pronto el problema del alojamiento, que en un principio se creyó desde el extranjero que iba a ser algo grave, fué resuelto en forma que uno diría casi mágica, simplemente con la generosa colaboración de toda la ciudadanía barcelonesa.

Numerosas fueron las familias que gustosamente ofrecieron alojamiento a congresistas extranjeros, para quienes reservaron las mejores habitaciones. Colegios e instituciones diversas convirtieron sus edificios en verdaderos hoteles de ambiente familiar para crecidos grupos de peregrinos. Barcelona, pues, supo hacer frente exitosamente, a la avalancha humana que tocó a sus puertas; nadie quedó a la intemperie, ni en improvisadas carpas, ni durmió fuera de cama blanda y bien tendida.

Tampoco hubo escasez alguna de alimentos; antes al contrario, había comida abundante y buena. Agua, hielo, bebidas refrescantes, fruta fresca y apetitosa (era época de cerezas y albaricoques), todo se encontró siempre al alcance de la diaria demanda. No oímos decir de un solo peregrino que se quejara por incomodidad de alimentación o alojamiento.

Otro de los motivos de gratísima impresión que es forzoso señalar, fué el ambiente creado en la ciudad de Barcelona, que en pleno, vivió totalmente los días del Congreso. Esto era algo que se le entraba a uno por los ojos; que se palpaba. Un congresista con quien hacíamos observaciones en torno a la marcha esplendorosa del Congreso, oyó esta atinada frase: "Fíjese que Barcelona ha

vibrado con el Congreso, y ha hecho vibrar"! No había calle, ni casa, ni ventana, ni balcón que no mostrase sus tradicionales colgaduras y adornos; y una iluminación casi de derroche. Cruces de bombillas y de tubos de gas, convertían por la noche toda aquella extensa urbe de dos millones de habitantes en un cielo de luz y de fervor.

Durante aquellos días, el comercio apenas abría un poco sus puertas, pues la masa de la población no pensaba sino en asistir, haciendo milagros de movilidad, a cuantos más actos pudiese de los programados para cada día. Era casi imposible descubrir en las calles una sola persona que no ostentase en su pecho las insignias de congresista. En tranvías y metros, cuantos leían el periódico por lo regular estaban entrenados en la crónica de los actos del Congreso. En una palabra: la ciudad vivía ambiente de días espirituales, de piedad cristiana; y en todos los rostros se reflejaba una alegría contagiosa, y todos sin conocernos nos sentíamos hermanos y estrechamente unidos por un lazo impalpable pero realísimo, creado por el Congreso que allí nos reunía.

Bien se sabe que en este XXXV Congreso Internacional de Barcelona, la intención señalada por el Papa era: la Paz! La Paz en todas las manifestaciones de la vida: paz individual, paz familiar, paz social, paz internacional. . . Y crean mis lectores que era algo indescriptible ver aquellas multitudes de cientos de miles de personas venidas de todas partes del mundo, de rodillas, con las manos en alto y los labios en plegaria ante la Hostia Santa de la Paz agrupadas en un ángulo de la destrozada y aún hambrienta y sangrante Europa; mirando desde España hacia esa Europa y hacia el mundo todo, y pidiendo a Dios la paz, la paz justa y verdadera. Una vez más como en la historia gloriosa de siglos pasados, volvía España a ser la tierra donde las manos en oración, y los corazones llenos de fe y de esperanza buscan salvar al mundo para Cristo, frente a la amenaza de la guerra de los que odian a Dios.

España y Barcelona se ve que sintieron sobre sí toda la responsabilidad de brindar al mundo no meramente un espectáculo de luces y de ruido, sino antes que nada de fe, de espiritualismo y de caridad cristiana; y cierto que no han defraudado al Papa ni a los católicos de todo el mundo. A la hora de la verdad Barcelona puso tan alto su bandera, por Cristo y por su Iglesia, que

creemos pasará mucho tiempo antes que se apague el eco de esta campanada eucarística.

Magnífico escenario para desplegar toda la solemnidad de un Congreso Eucarístico Internacional, ofrecía la ciudad condal de Barcelona.

A sus tesoros de antigüedad religiosa románica y gótica, a su ambiente de ciudad señorial y de bien ganado prestigio, se unía la amplitud de su moderno desarrollo en calles, avenidas y plazas, en todas las cuales a la armonía perfecta del trazado, da especial gracia y frescor el tupido y gracioso arbolado que en los días del Congreso, por ser poco después de la primavera, estaba en toda su pujanza.

A todo esto añadiremos que Dios mismo parece quiso disponerse una sede digna de su triunfo eucarístico. Puso algo que sólo de su mano omnipotente podía depender: días antes del Congreso las lluvias se encargaron de lavar bien la ciudad, y dejar la atmósfera fresca y despejada. Y ya la antevíspera de comenzar las solemnidades, cerró el mismo Dios las fuentes de las nubes, mandó a éstas que descargaran por otras regiones, y ordenó al sol que luciese durante todo el Congreso las mejores galas tradicionales en la costa mediterránea.

Así preparado el escenario barcelonés, pronto se vieron aquellas plazas y avenidas saturadas de millares de congresistas de toda condición, raza y nacionalidad. Vestidos, idiomas y gestos de la más variada expresión transformaban en pocas horas a Barcelona de la capital de Cataluña que hasta entonces era, en algo así como la capital momentánea de un mundo católico en movilización hacia el altar de la Eucaristía.

Por último: no podemos menos de recordar emocionados aún, hoy como ayer, dos verdades y enseñanzas que sin nadie hacer explícita mención de ellas, aparecían con vivos relieves y convidaban a momentos de consoladora reflexión: una verdad y enseñanza era la de la catolicidad o universalidad de la Iglesia. Allí estaba la Iglesia Universal de Cristo, representada en miembros suyos de todo color, lengua y raza, venidos de las más apartadas regiones del mundo; en hábitos y costumbres las más diversas. . . ; y sin embargo, la Iglesia una: una misma fe; todos aquellos cientos de miles de personas rezando el mismo Padre Nuestro, recibiendo el mismo manjar eucarístico; y todos siguiendo con obediencia ciega los mandatos y enseñanzas del

inismo supremo Pastor y representante de Jesucristo.

Y junto a esta verdad de la unidad y universalidad de la Iglesia, saltaba otra que era como un grito espiritualista lanzado a los oídos de un mundo saturado de paganismo que ha sobrevalorizado lo material y ha olvidado y aun rechazado hasta el concepto de lo sobrenatural sino es para escarnecerlo. Ante ese mundo ya hastiado de sus mismos valores falsos e inconsistentes, los católicos de todo el mundo daban la lección de fe y de espiritualidad, al acercarse conscientes de su fe, con plena reflexión, a rendir homenaje de adoración y de amor a una pequeñísima Hostia, en la que Jesucristo puso el exceso de su amor a los hombres encerrándose realmente presente bajo accidentes externos tan pe-

queños y sencillos. Millón y medio de seres humanos de rodillas ante el altar de la Hostia Santa! Lo que un día se hizo extraño a los mismos Apóstoles, al mero anuncio que les hizo el Divino Maestro, y casi fué ocasión de que muchos le abandonaran; hoy es para los seguidores de Cristo el centro irresistible de atracción universal.

Todas estas reflexiones brotaban al calor de aquellas horas más de cielo que de tierra vividas durante el Congreso. Por eso he preferido cerrar esta ya larga crónica con el recuerdo de esas dos enseñanzas, para que ellas nos sirvan de ayuda en orden a lograr que sea una realidad el lema del estribillo del Himno Oficial del Congreso: Cristo en todas las almas — Y en el mundo la Paz!

PEDRO P. BARNOLA, S. J.

NOTA: Nos hemos permitido publicar esta algo extensa crónica porque creemos que será la más completa hasta ahora, y algo de lo que deseaban muchos lectores, ya que la prensa diaria fué en general tan corta en sus noticias, salvo las que en aquellos días insertaba el querido colega -La Religión-

